





LATINOAMERICANISMO Y EXTRACTIVISMO

Latinamericanism and Extractivism

Latino-americanismo e Extrativismo

Clara María Parra Triana¹  

¹ Universidad de Concepción, CHILE

RESUMEN

En este artículo se ofrece una revisión del vínculo problemático entre latinoamericanismo y extractivismo, a partir del discurso cientificista ilustrado de los siglos XVIII y XIX que se desarrolló mediante viajes y expediciones de exploración de la Naturaleza americana. Con este fin la argumentación se concentra en la referencia a algunos viajes desarrollados en el sur tropical (más exactamente en la actual Colombia) cuya ubicación estratégica en el globo atrajo la curiosidad de sabios y estudiosos de diferentes latitudes, la cual fue contemporánea del propio deseo de conocer para explotar la naturaleza americana de parte de sus sabios y científicos. De esta manera, los diferentes letramientos científicos y humanistas así como los propiamente literarios establecen un recorrido de dos siglos que se debatieron entre el maravillamiento, la exploración, la ambición, la explotación y la aniquilación.

Palabras clave: latinoamericanismo, extractivismo, exploración, discurso científico, trópico.

ABSTRACT

In this article it is offered a review of the problematic relationship between latinamericanism and extractivism, from the illustrated scientific discourses of eighteenth and nineteenth centuries, developed by means of travels and expeditions through American Nature. In this order it is defended with the reference to some travels developed through de tropical South (exactly in the present-day Colombia) which strategic location attracted the curiosity of scholar and wise men from different countries, as well as the curiosity of scientific and wise men from the Americas. Therefore, the different scientific and humanistic ways of writing as the literary ways stablished an itinerary of two centuries in which the debate about wonder, exploration, ambition, exploitation and aniquilation is done.

Keywords: latinamericanism, extractivism, exploration, scientific discourse, tropic.

RESUMO

Este artigo oferece uma revisão da problemática conexão entre latino-americanismo e extrativismo, com base no discurso científico do Iluminismo dos séculos XVIII e XIX, que se desenvolveu por meio de viagens e expedições de exploração das regiões selvagens americanas. Para tanto, o argumento se concentra em diversas viagens realizadas no sul tropical (mais precisamente, na atual Colômbia), cuja localização estratégica no mundo atraiu a curiosidade de estudiosos e estudiosos de diferentes latitudes. Isso foi contemporâneo ao desejo de explorar e explorar as regiões selvagens americanas por parte de seus estudiosos e cientistas. Dessa forma, as diversas literaturas científicas e humanísticas, bem como as próprias literaturas, estabelecem uma jornada de dois séculos que debateu maravilhamento, exploração, ambição, exploração e aniquilação.

Palavras-chave: latino-americanismo, extrativismo, exploração, discurso científico, trópicos.

Fecha de Recepción	2024-08-06
Fecha de Evaluación	2024-09-03
Fecha de Aceptación	2024-12-20

A partir de una serie de reflexiones que hemos venido adelantando de forma colectiva y que hemos denominado “latinoamericanismo de la descomposición” (Parra Triana, 2016; Parra Triana & Rodríguez Freire, 2018; Estupiñán, Rodríguez Freire & Parra Triana, 2019), mi objetivo, en esta ocasión, es arrojar algunas luces y cuestionamientos sobre el momento en el que el latinoamericanismo como campo discursivo y epistemológico adoptó la retórica desarrollista y la voluntad extractivista que ha contribuido a ubicar a América Latina en el mapa de las materias primas. Si bien el latinoamericanismo como formación discursiva se consolidó en el temprano siglo XX, es posible establecer que dicha perspectiva tiene sus antecedentes inmediatos en los viajes de exploración científicista de los siglos XVIII y XIX, cuyo correlato literario son, sin duda, los arrebatos poéticos románticos americanistas y los relatos de viajes que alcanzan uno de sus puntos más altos en las obras que tematizan y problematizan el extractivismo derivado de la enfermedad tropicalista que afianzó al latinoamericanismo de principios del siglo XX.

Con ese propósito realizaré un trayecto por los diversos discursos emanados de la fascinación tropical por el actual territorio colombiano comenzando con el discurso tardo-colonial dieciochesco (Nuevo Reino de Granada) derivado de los viajes de exploración científicista de los siglos XVIII y XIX, paso luego por los discursos románticos de la independencia temprana (Gran Colombia), para dirigir mi atención hacia el relato de la joven república (República de Colombia), y así cerrar con el discurso propiamente literario de la Colombia en proceso de modernización y expansión capitalista, con la obra de José Eustasio Rivera, *La vorágine*, con la cual inicia el siglo XX en lo referente a un posicionamiento crítico del sujeto americano frente a una concepción materialista-utilitarista del territorio.

Como se indicó al inicio, a partir de una serie de reflexiones preliminares, asociadas particularmente a la relación que América Latina ha sostenido con las diversas formas de la visualidad, la mirada y, en consecuencia, del ocularcentrismo, se formuló, en una propuesta anterior (Parra Triana, 2023), que en el mural *Presencia de América Latina* (1965) de Jorge González Camarena (1965) se puede observar, sin mucho esfuerzo, el ánimo celebratorio con el que se intentó graficar la exuberancia americana y la armonía del mestizaje¹. Hoy por hoy, resulta inevitable posicionarse críticamente frente a estas versiones de la historia, sobre todo si estas se hallan abiertamente

¹ Este mural se encuentra en la Casa del Arte de la Universidad de Concepción, y fue diseñado y elaborado por encargo durante los años 60, en concordancia con una relación fraterna diplomático-cultural entre Chile y México. Este no es el único ejemplo del desarrollo muralista en Chile, pero nos hemos ocupado de este por la centralidad que posee en el relato institucionalizado de la cultura chilena y latinoamericana.

cimentadas en diversas formas de la violencia. He preferido observar este mural a manera de documento que exhibe uno de los últimos bastiones del latinoamericanismo extractivista (cfr. Parra Triana, 2023), ya que mediante su apreciación se reconocen varias problemáticas de las que el latinoamericanismo de la descomposición podría hacerse cargo, a saber:

1. La disimulada violencia sobre las capas de todo lo viviente.
2. La negación de los tiempos del trabajo y de la labor.
3. La celebración del producto y la maquinización del esfuerzo.
4. La negación de la imaginación a partir del enmarcamiento y el vaciamiento de la mirada proyectiva.
5. Los relatos del extractivismo desarrollista.
6. El arte épico como baluarte de puntos ciegos.
7. La plastificación emblemática de las gestas de dominación.
8. La negación de la subjetividad de los sujetos populares, entre otros.

Todos estos aspectos hacen un llamado a la descomposición del latinoamericanismo, desde una perspectiva epistemológico-materialista, cuya primera función debería ser la reconsideración de la letra como absoluto y, por consecuencia, del ‘absoluto literario letrado’; en otras palabras, los letramientos tendrían que ser leídos como una producción cultural más allá del juicio crítico-estético, pues, estos participan contradictoriamente de los excesos en los que las diversas formas de la violencia epistémica ha tenido lugar. Vistos de este modo los letramientos científico-humanísticos, lo que denominamos de manera amplia y expandida “literatura” tienen parte en la formulación de las crisis y no solo en su referencialidad. Por lo tanto, las problemáticas que podrían trabajarse a partir de este latinoamericanismo crítico suscitan, a su vez, convocar a todas las formas del arte y de los saberes múltiples, pues es en ellos en donde se pueden encontrar las respuestas tentativas a las crisis y la posibilidad de un futuro otro. No obstante, lo que se espera es que la descomposición acá explicitada descentre a la letra y ensanche sus contornos para evaluar más ampliamente las problemáticas histórico-culturales que atestiguamos y experimentamos hoy. Es por esto por lo que ensayaré a continuación un cruce parcial de los aspectos anteriormente señalados a propósito de la problemática y, a la vez, fecundamente crítica relación entre latinoamericanismo y extractivismo.

Cuando pensamos en las prácticas extractivistas debemos acoger aclaraciones como las que realiza Eduardo Gudynas, quien en *Extractivismos y corrupción. Anatomía de una íntima relación* (2019) señala la pluralidad del extractivismo si lo entendemos en su amplitud y no solo en cuanto a los

recursos naturales y minerales adoptados por la industria y el emprendimiento agropecuarios y mineros; también hay que comprender al extractivismo en la intensidad con la que dichas prácticas remueven y desechan recursos para obtener un volumen significativo de producto final, lo que genera un impacto ambiental por su obtención. En otras palabras, hablamos de extractivismo cuando la obtención de recursos sacrifica a gran escala a todas las formas de la vida y el orden natural para obtener materias que son aprovechadas en el exterior, lo que impide la reposición y establece el desequilibrio absoluto a niveles locales.

Es en este sentido que, cuando se analiza la voz del optimista narrador de *Peregrinación de Alpha* (Ancízar, 2022), con su fe puesta en el proyecto moderno republicano, quien se atrevió a vaticinar que, pasados dos siglos de ejecución del proyecto ilustrado, las tierras neogranadinas verían el provecho de desterrar la barbarie y acoger el plan civilizatorio, por vías del aprovechamiento de los recursos naturales en su faceta agrícola, resulta claro que el establecimiento de una ‘frontera agrícola’ fue uno de los primeros desafíos que el discurso modernizador puso en marcha. Han pasado ya aquellos dos siglos que anunció Alpha, el narrador de la peregrinación, y otro narrador colombiano, Juan Cárdenas, describe así la iniciativa de la Comisión corográfica en su novela *Peregrino transparente* (2023):

La discreta coquetería y el exotismo de las acuarelas de la Comisión se explican por una finalidad evidentemente promocional, paralela a la ciencia. Querían llamar a atención del observador extranjero, de los inversores, de los inmigrantes aventureros y los empresarios, en un momento en que el país había conseguido aumentar su margen de exploraciones y enganchar modestamente algunos productos en los mercados internacionales (especialmente el tabaco). Se trataba de mostrar a la república como una tierra llena de oportunidades, rica en minas y otras potenciales explotaciones, habitada por un pueblo rústico pero lleno de energía, todo dentro de los lineamientos de una ideología política de corte liberal y capitalista que había logrado una cierta hegemonía. La república era entonces un laboratorio de reformas y movilizaciones populares, experimentos económicos y federales, y la Comisión fue un fiel reflejo de esos fervores.

[...] El objetivo no era otro que satisfacer esa demanda de exotismo. Un exotismo que, a fuerza de repetirse en imágenes y textos, se fue consolidando como una fantasía de lo autóctono, de lo *nuestro*. Pasamos de la imagen como conocimiento a la imagen coqueta para engañar turistas, lo cual no habría sido tan terrible si por último no hubiéramos utilizado esas mismas imágenes para engañarnos también a nosotros. Son las imágenes de ayer, pero ¿acaso no son también las imágenes de nuestra literatura de hoy, de nuestro arte hoy, de nuestras películas, nuestros noticieros y nuestra producción académica, dando tumbos entre la demagogia del realismo mágico y los mil ropajes de la pornomiseria? (2023, pp. 28-30)

América Latina, y en particular su zona tropical, ha atraído iniciativas extractivistas desde los viajes de los primeros conquistadores cuya agencia colonizadora encontró en un solo espacio el medio

y el fin de su empresa: conseguir recursos y explotarlos; esa “forma particular de la violencia [...] de las expediciones coloniales dirigidas a las zonas templadas” (Hallé, 1999, p. 13) ha tenido siglos de perfeccionamiento por cuanto los trópicos, dadas sus características meteorológicas y geológicas, ofrece condiciones climáticas y suelos ricos que facilitan la extracción abundante en menores períodos de tiempo; en suma: extractivismo efectivo a ritmo acelerado.

Pero debido a las grandes proporciones de la problemática acá trazada, me permitiré concentrarme en lo concerniente a las posibilidades extractivas que el discurso dieciochesco y decimonónico construyó en torno a la Naturaleza americana (escrita con mayúscula en su estricta alusión al imaginario ilustrado), gracias a los viajes de los científicos exploradores europeos y americanos, cuya diseminación favoreció la ejercitación romántico-americanista de la retórica explotadora, que llega hasta el siglo XX con claras advertencias sobre la aniquilación de lo humano (sin reparar todavía en la alteración de todas las formas de la vida) por vías de lo extractivo así como su paradójica celebración en los arrebatos del realismo mágico tropicalista.

Al respecto, el texto de Graciela Montaldo *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina* (2004) nos sitúa en la relevancia que el siglo XIX hispanoamericano le otorgó a la construcción ficticia de la espacialidad como un recurso de dominio (su invención en oposición a la idea de lugar), mediante el ensamblaje de los discursos científicos, económicos y estéticos. Para Montaldo, la culturización de la naturaleza mediante la organización de la mirada fue quizá el gesto que cruzó las voluntades de dominio afianzadas en la lengua romántica de los primeros cristalizadores de esta espacialidad americana pletórica de secretos, cuya entera disposición al estudio y clasificación no escatimaron los exploradores como La Condamine —primero—, más tarde, José Celestino Mutis y —luego— Alexander von Humboldt. En otras palabras, la observación científica, al mismo tiempo que exotizante, permitió la aplicación de criterios clasificatorios que dispusieron la vastedad al servicio de la potestad de letrados que generaron en los mismos americanos la inquietud por el aprovechamiento de las dádivas que la diosa naturaleza puso bajo el sol equinoccial.

En este orden de ideas, las reflexiones aportadas por Mary Louise Pratt, en su ya clásico *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (2010), dedicadas a la noción de “conciencia planetaria” que se desarrolla a partir de la exploración científica traducida en historias naturales y tratados de botánica del temprano siglo XVIII, nos permite afirmar que los letramientos que respaldaron las expediciones de conocimiento de tierras interiores (posteriores a las exploraciones marítimas con su tecnología mediante) favorecieron lo que Pratt llamó “exploración interior”, es decir, la forma como

Europa se relacionó con otras realidades, aplicando modelos como el de Carl von Linneo que pretendió ser descriptivo de lo conocido y predictivo de lo por conocer como materia clasificable, dominable y, posteriormente, aprovechable.

Por tanto, el ocularcentrismo de los ‘expedicionarios interiores’ se convirtió en una retórica de lo visible y, por lo tanto, de lo mensurable que, en palabras de Pratt se traduce en:

La sistematización de la naturaleza lleva esta imagen de acumulación a un extremo totalizado, y al mismo tiempo modela el carácter extractivo, transformador del capitalismo industrial, y los mecanismos ordenadores que empezaron a dar forma a la sociedad de masas urbana en Europa bajo la hegemonía burguesa. Como construcción ideológica, la sistematización de la naturaleza representa al planeta apropiado y reorganizado desde una perspectiva europea y unificada. (2010, p. 81)

En efecto, las iniciativas ilustradas de dominio de la naturaleza afianzadas en los conocimientos científicos de la historia y la filosofía natural llevaron a la realización de las afamadas expediciones, cuyos intereses políticos y comerciales no se excluyeron de los científicos; de hecho, la ampliación y profundización de los mapas de los dominios españoles alimentaron a su vez las taxonomías, catálogos y enciclopedias ilustradas de la mayor colonia del mundo para la segunda mitad del siglo XVIII, ya que esta nueva lengua, en palabras de Foucault (2013), estableció “una nueva manera de anudar las cosas a la vez con la mirada y con el discurso” (p. 147), cuyo mecanismo sería “reducir [la] distancia para llevar al lenguaje lo más cerca posible de la mirada, y a las cosas miradas lo más cerca posible de las palabras” (p. 148). Así lo entiende Mauricio Nieto Olarte, historiador colombiano quien se ocupa de las expediciones botánicas dieciochescas en su libro *Remedios para el imperio. Historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo* (2019):

...la historia natural y la medicina [...] hacen parte de intereses políticos, económicos y religiosos; en qué medida las políticas económicas coloniales estimularon el desarrollo de la farmacia y la taxonomía vegetal y por qué dichas prácticas constituyen importantes formas de control tanto de la naturaleza como de la sociedad. La búsqueda del conocimiento rara vez está aislada de intereses políticos y económicos. [...] El proyecto de un inventario del mundo no se puede separar de su conquista por parte de las naciones más fuertes de Europa. La historia natural es un medio para construir una naturaleza doméstica y una humanidad colonizada. Por lo tanto, la historia natural y la política deben ser consideradas expresiones de la misma estructura de poder. (p. 4)

En otras palabras, lo que la historia natural con sus variaciones discursivas realizadas por los grandes viajeros y expedicionarios lograría, sería poner los elementos, las formas de la vida visibles y los potenciales recursos “al nivel de los ojos del filósofo” (cfr. Caldas, 1997, p. 37). En consecuencia, la explotación de la naturaleza, de “lo vegetal”, encuentra un clima favorecedor con la mirada del científico-humanista-poeta, quien al maravillarse con la frondosidad del trópico sucumbe al impulso

de la invitación para que otros vengan a aprovechar, pues no es posible que el “estado natural” de las cosas y de las gentes permanezca por mucho tiempo; ese es, en muy resumidas cuentas, el siguiente paso del proyecto civilizatorio: el establecimiento en el territorio y su aprovechamiento multidimensional.

Al respecto, el trabajo de Felipe Martínez Pinzón, *Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808-1928)* (2015) realiza un arco crítico muy pertinente a la problemática que este texto pretende explorar, pues se ocupa, justamente, del discurso científico y literario que durante un poco más de un siglo enfocó la mirada en el trópico (el andino, el selvático) detonador de la “enfermedad tropical”, es decir, de la promesa de abundancia infinita arraigada en los mitos de El Dorado y el infierno verde (Cfr. Martínez Pinzón, 2015, p. 14). El investigador colombiano reconoce el discurso decimonónico sobre el clima como un dispositivo disciplinante de cuerpos que han naturalizado la violencia en estos territorios y, con el fin de explicar dicho fenómeno, acuña un concepto: “mirada invernacular”, la cual expresa del siguiente modo:

Ver el afuera desde un adentro protegido, inmunizado, crea un lugar artificial —un invernadero— desde donde vivir el espacio sin sentirlo, abriendo paso a su deshistorización. Esto permite desplegar toda clase de fantasías comerciales que se traducen en proyectos de disolución de comunidad, proyectos que (...) han terminado en genocidios como el que ocurrió en el Putumayo a inicios del siglo XX como fruto del boom cauchero. (2015, p. 19)

La obra de Martínez Pinzón inicia su análisis en la “fantasía deforestadora” de Francisco José de Caldas; pero yo quisiera que nos detengamos en el caso de la Real Expedición Botánica del Virreinato de la Nueva Granada que se realizó entre 1783 y 1813, la cual, para el ensayista colombiano Efrén Giraldo (2022), fue una de las grandes empresas que contribuyeron a la “apropiación de la naturaleza americana por parte de Occidente” (p. 167), pues gracias a esta se realizaron varios “descubrimientos”² —como la quina o el té de Bogotá— así como el establecimiento de una red intelectual entre botánicos que compartieron sus materiales de catalogación y de representación pictórica cuyo interés se manifestó tanto en sus dimensiones científicas como en las estéticas, por

² Para Nieto Olarte “descubrir” una especie vegetal implicó un proceso complejo en el que las autoridades científicas se veían exigidas a la hora de argumentar, pues no bastaba con el reconocimiento botánico por medio de la observación de la naturaleza; a dicho reconocimiento le seguía un intenso trabajo de clasificación taxonómica que contribuía al análisis de su utilidad. Dado que los exploradores llegaban a las plantas gracias a los conocimientos y usos que las comunidades nativas americanas les daban, estos conocimientos no podían ser transmitidos en términos de medicina popular americana sino que debían ser adoptados y adaptados a la lengua y a los métodos científicos europeos. Según Nieto Olarte la traducción-apropiación de dichos conocimientos se realizaba en seis pasos: denominación latina de la especie, clasificación linneana de la misma, representación gráfica, descripción taxonómica de la especie, exposición de sus cualidades en términos europeos y explicación de métodos de preparación farmacéutica (véase capítulo 3 de Nieto Olarte, 2019).

cuanto el gozo por el hallazgo de “nuevas” formas vegetales favoreció el ensanchamiento de la imaginación, tal como el mismo Giraldo nos recuerda con el caso de las orquídeas que ampliaron los catálogos y herbarios decimonónicos.

Si bien los estudios de esta expedición pasaron a la historia por su aporte a la investigación sobre plantas medicinales, es preciso recordar que este proyecto científico fue mucho mayor, pues —a diferencia de las otras expediciones estrictamente botánicas de la Nueva España, Perú y Chile— abarcó todas las áreas del conocimiento que en su época permitían el ordenamiento de la realidad física por vías ilustradas; es así como la herbolaria, la botánica, la pintura, la astronomía, la geografía, la mineralogía, la metalurgia y la zoología alcanzaron gran desarrollo, pues la Corona española se encargó de movilizar a los mejores en sus áreas (criollos, españoles y europeos simpatizantes), liderados por el gaditano José Celestino Mutis, (quien ideó la iniciativa en sus años de juventud) “el ilustre patriarca de los botánicos” —en palabras del sabio Caldas³. Esta expedición tuvo una duración de más de treinta años y se vio detenida por las guerras independentistas, ya que buena parte de ese grupo selecto de científicos y letrados era simpatizante de la emancipación, tal como lo podemos apreciar en las comunicaciones del *Semanario de la Nueva Granada* (1807-1810), dirigido por el sabio Francisco José de Caldas, miembro del grupo expedicionario (quien acompañara brevemente en su expedición por la América equinoccial a Aimé Bonpland y Alexander von Humboldt durante los primeros años del siglo XIX). Al fallecer Mutis y al afirmarse los movimientos independentistas, los materiales de catalogación e ilustración científica fueron confiscados y llevados al Jardín Botánico de Madrid, pues fueron considerados patrimonio del Estado español (Giraldo, 2022, p. 168), ya que era peligroso que los criollos patriotas tuvieran acceso a tales conocimientos que pudieran darles ventajas de conocimientos científicos sobre el territorio americano.

El proyecto liderado por Mutis —nos aclara Nieto Olarte— no estuvo ajeno a los intereses coloniales de orden comercial e industrial. Un ejemplo de ello fue la controversia por el “descubrimiento” de la quina (*Cinchona*). Recordemos que esta planta era utilizada por los pueblos americanos para combatir las reacciones febriles; su primer reconocimiento para el mundo europeo fue gracias a los viajes de La Condamine a inicios del siglo XVIII; este viajero no era naturalista, no

³ La iniciativa de la corona española de enviar botánicos a estas regiones data de 1754, al menos eso es lo que reconstruye Diego Mendoza (1909) en su relato consignado en *La expedición botánica al Nuevo Reino de Granada*, en donde se halla transcrita buena parte de la correspondencia de Mutis con sus superiores en Madrid, su amistad científico-epistolar con Linneo, el relato de sus viajes por el río Magdalena, junto a sus empresas educativas y de factoría farmacéutica cuyo empeño en el reconocimiento de la quina y su aprovechamiento le otorgaron cierta prestancia entre los naturalistas y médicos de la época.

obstante, reconoció su importancia y, en consecuencia, le envió algunas ilustraciones a Linneo (autoridad europea en lo que respecta a clasificación, denominación y reconocimiento vegetal). Este la denominó *Cinchona officinalis*, lo que pronto provocó la búsqueda exhaustiva de la especie, pues, dadas sus cualidades curativas, esta podría dar a la industria farmacéutica del imperio español un dominio de las materias primas inédito en el ámbito europeo. Los exploradores de la expedición de Perú y Chile encontraron en la quina de Loja (actual Ecuador) el mejor ejemplar de la especie, lo que afectó profundamente el proyecto científico-económico del líder de la Expedición botánica de la Nueva Granada, quien se había empeñado en demostrar que las especies de quina halladas en este territorio eran idóneas para la industria farmacéutica del imperio español.

El caso de la canela y el té de Santa fe no fueron la excepción. Mutis se empeñó (pues era parte de su labor) en demostrar que esas especies descubiertas, podrían poner al mercado español en el universo de la comercialización de especias como habían logrado los holandeses, quienes no solo apuraron los “descubrimientos” botánicos sino también la agricultura de estos y su tratamiento para el aprovechamiento de sus propiedades no solo medicinales sino también culinarias.

La América, en cuyo afortunado suelo deposito el Criador infinitas cosas de la mayor admiración, no se ha hecho recomendable tan solamente por su oro, plata, piedras preciosas, y demas tesoros que oculta en sus senos; produce tambien en su superficie para la utilidad y el comercio exquisitos tintes, que la industria iria descubriendo entre las plantas; la Cochinilla de que ai abundancia en este Reyno, aunque no la cultivan por su indolencia los naturales de estas Provincias; la preciosa cera de un arbusto llamado Laurelito, y la de la Palma; muchas gomas, de que pudieran hacerse algunos usos ventajosos en las artes; maderos muy estimables para instrumentos y muebles; produce finalmente para el bien del genero humano muchos otros aboles, yerbas, resinas, y balsamos, que conservaran eternamente el crédito de su no bien ponderada fertilidad. Un viajero debería ir recojiendo, describiendo, y conservando semejantes producciones, para que depositadas en el Gavinete y otros lugares públicos las conocieran los Sabios, excitaran su curiosidad y se hiciera de ellas útil aplicación en algun dia para bien de los Mortales. Es en vano persuadirse Señor a que la Quina, la Cascarilla que es otra planta muy diversa [...], sean lo único entre las medicinales, que nos produce América. Aun falta muchísimo por conocer; y lo que mas debe admirar, falta mucho que saber para usar bien lo conocido. (Ortografía del original, Mendoza, 1909, p. 79-80)

La palabras anteriores, tomadas de la transcripción de la Representación de Mutis al Rey de España, realizada en 1763, revelan que el proyecto ilustrado y la visión de progreso científico (sin desmedro de la autoridad monárquica española y los mandatos divinos sobre tierras americanas), que el sabio Mutis desarrolló en tierras neogranadinas, constituye uno de los episodios más significativos en lo que respecta al adelanto de las ciencias modernas en América; a la par con la formación de una Facultad de Medicina en el antiguo Colegio de El Rosario (en Santa Fe de Bogotá), se hacía imperativo el avance de las ciencias naturales que dieran fundamento a la práctica médico-científica;

en este sentido, la botánica y la herbolaria fortalecieron la farmacología en un claro proyecto de aprovechamiento y apropiación que se expandió exponencialmente por toda la América equinoccial.

De forma paralela —y también colaborativa— a la expedición botánica, los viajes de Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland entre 1799 y 1803 contribuyeron al ingreso de los trópicos en el tan anhelado mapa de las materias primas, o lo que Minguet y Duviols denominan “el segundo nacimiento del Continente americano” (2016, p. 29), ya que ahora con argumentos científicos de rigurosa observación, clasificación y proyección, basados en las reflexiones que integran conocimientos de diverso orden disciplinar la “geografía de las plantas” renovarían la antigua promesa americana de ser el espacio de la abundancia sin límites, ahora sostenida bajo el discurso científico⁴.

Por supuesto, lo que persigue von Humboldt (1997) con su “Ensayo sobre las geografías de las plantas” es adelantar brevemente lo que fueron las arduas investigaciones basadas en años de observación y medición junto a Bonpland; sin embargo, no excluye de su proyecto, el alcance de la reflexión agrícola, es decir, la proyección hacia el aprovechamiento sistemático de los territorios tropicales, al procurar la comprensión holística de los suelos, el clima y la altitud en la generación de los productos de la Naturaleza. No es indiferente, por tanto, el barón von Humboldt al impacto que su aporte ha de realizar al nuevo “reparto del mundo”, en plena eclosión independentista:

La influencia del alimento, más o menos estimulante sobre la energía de las pasiones, la historia de las navegaciones y de las guerras emprendidas para conseguir producciones del reino vegetal, son otras tantas consideraciones que ligan la geografía de las planas con la historia política y moral del hombre. (2016, p. 50)

Tanto la Expedición Botánica liderada por Mutis como los viajes de von Humboldt procuraron ordenar, clasificar, comprender, pero también repartir por vías de la proyección imperial

⁴ Sabemos hoy, gracias a las rigurosas investigaciones de Mark Thurner y Jorge Cañizares-Esguerra (2023) y Cañizares-Esguerra y Sebastián Macías (2024), que buena parte de la obra científica del barón obliteró deliberadamente los avances que los sabios americanos habían adelantado en lo relacionado con la geografía de las plantas, la tecnología para la extracción salina y la cartografía del territorio neogranadino. La “invención del genio prusiano”, alimentada por la leyenda negra del oscurantismo colonial, elevó a niveles hiperbólicos los aportes humboldtianos cuando, en realidad, en su momento recibió varias críticas por la imprecisión de sus planteamientos, al tiempo que se benefició de los avances de científicos menos afamados para su momento como Francisco José de Caldas, Vicente Talledo y Rivera y Bernardo Fernández del Anillo. Esta forma de operar del discurso científico europeo nos ubica frente a otra forma de la apropiación: la técnico-epistémica, pues la falta de crédito al trabajo de los adelantados criollos y españoles posiciona a América y a sus habitantes en la reiterada problemática de aguardar a que acudan a descubrirla, inventarla y enseñarle sobre sus posibilidades de futuro. La pasiva condena del criollo americano es reforzada, sin duda, por este tipo de conductas que, además, manipulan el archivo bajo soterradas formas de violencia apropiacionista: la de la inteligencia, o bien, como una geopolítica del conocimiento (Cañizares-Esguerra y Thurner, 2023):

las dimensiones de la naturaleza que se empeñaron en calificar como dadivosa, creando la ilusión de la infinitud de recursos.

Un par de décadas después, y en plena lucha independentista, Simón Bolívar (2004) ensaya una ‘expedición interior’ y escribe “Mi delirio sobre el Chimborazo”, en donde la elevación de la mirada, producto del esfuerzo del individuo que desea encarar a los dioses del tiempo y de la historia, enaltece la acción del hombre solo a partir de su igualación con lo majestuoso. El Chimborazo no será entonces solamente el punto más alto de los Andes, ni la medida con la que von Humboldt comparó a los trópicos en su imparable fecundidad; será el terreno sagrado desde donde la nueva mirada americana se alzaré para contar la verdad de los nuevos tiempos:

«Observa —me dijo—, aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: di la verdad a los hombres». El fantasma desapareció. Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorporo, abro con mi propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y escribo mi delirio. (1997, p. 126)

A partir de este ‘delirio expedicionario’ mirar y escribir serán dos acciones ordenadoras de lo inconmensurable. Mirar por primera vez, desde donde nadie más lo había hecho antes constituye el gesto de dominio maestro, como el del marino gaviero, cuya mirada móvil anuncia la llegada, el peligro y la maravilla. De esta manera, contar la verdad a los semejantes, en plena exhortación de los dioses del futuro, le dará la ilusión al sujeto americano de realizar el gesto fundacional sobre la naturaleza indómita que ya se le ha comenzado a mapear, clasificar y ordenar para la extracción futura o inmediata, puesto que en 1826 Andrés Bello (1979) ya ponía a disposición sus *Silvas* con las que cantó a la “Agricultura de la zona tórrida”.

Este poema que se bate entre la exhortación, el lamento y la admiración manifiesta en tres diferentes momentos la contradictoria posición de la América que en proceso de independencia devasta sus gentes y sus suelos, huye a las ciudades y abandona lo que por derecho le ha sido legado para su dignificación mediante el trabajo arduo contra los suelos endurecidos por la guerra. La “Agricultura de la zona tórrida” es tanto un poema a la naturaleza rebosante cuanto se dirige al hombre americano a recuperar el paisaje de la posguerra. El franco enemigo de la naturaleza americana dentro de este canto no es ya la tiranía sino el abandono de las gentes por ir tras las promesas de la urbe. Campo y ciudad, riqueza y hambre, libertad y esclavitud son opuestos bajo la promesa idílica de la campiña enverdecida por el “sol enamorado” (Bello, 1979, v. 2, p. 40). Es así como el siglo XIX americanista afianza el relato sobre la propiedad en una plena identificación entre el

ciudadano americano y el territorio labrado por su mano. Lo que el campesino sabe en virtud de sus prácticas agrícolas le convierte en el heredero que ha de escuchar la advertencia bellista "Ya de lo que antes era/ verdor honroso y fresca lozanía,/ solo difuntos troncos,/solo cenizas quedan; momento/ de la lucha mortal, burla del viento" (1979, vv. 247-251, p. 46)⁵.

Un par de décadas después de la redacción de estos arrebatos románticos, se consolidaron varios proyectos de sistematización del conocimiento desde la América republicana que pretendieron proyectarla como una fuente de materias primas para la exploración y explotación nacional y extranjera; dentro de estos destaca la Comisión Corográfica, cuyos objetivos persiguieron la definición de mapas detallados del territorio neogranadino, una vez que en 1830 Venezuela y Ecuador se separaron de la Gran Colombia. Dichos mapas vendrían acompañados de apuntes y reflexiones afianzados en distintas áreas del saber y del conocimiento ilustrado, cuyo desarrollo ya contaba con varios exponentes entre los letrados americanos, tales como Manuel Ancizar, José Jerónimo de Triana, Santiago Pérez, entre otros, quienes junto a Agustín Codazzi (italiano de nacimiento y simpatizante de las causas republicanas) realizaron distintas expediciones por el territorio para organizar los conocimientos útiles sobre las diversas formas de la economía, las costumbres, la botánica, los tipos humanos, todo ello ilustrado gráficamente por pintores (Carmelo Fernández, Henry Price y Manuel María Paz) que dejaron un amplio legado visual.

La Comisión Corográfica se afianzó en el anhelo de entregar a los nacionales (así como las silvas de Andrés Bello) la riqueza del territorio al mismo tiempo que abrió las puertas —a manera de invitación sin restricciones— a todo aquel que deseara concurrir a estos trópicos con deseos desarrollistas. Uno de los mejores testimonios de lo que esta iniciativa logró, aparte de las ilustraciones de Fernández, Price y Paz es la narración de Manuel Ancizar (2022) titulada *Peregrinación de Alpha*, publicada por entregas en el periódico *El Neogranadino* entre 1850 y 1851, del mismo Ancizar y, posteriormente, publicada como volumen completo por los hermanos Echeverría, amigos de Ancizar, en 1853. Esta narración explora los recursos de la crónica y el libro de viajes, al procurar la fidelidad entre lo visto, lo escrito y lo pintado mediante la entrega y contraste con datos objetivos tales como las temperaturas y latitudes de cada fenómeno memorable, sin descartar el

⁵ ¿Cuál es la relación objetiva entre el papel moneda y el papel en el que Andrés Bello imprime sus Silvas? La respuesta la encontramos en el ensayo de Richard Rosa "A seis grados de Andrés Bello: literatura y finanzas en los años 1820" (2009), en donde establece una sólida lectura de los poemas de Bello como una manifestación publicitaria para la inversión (principalmente inglesa) en tierras americanas. Presentar al americano como un propietario incorrupto aseguraría al inversor inglés una cierta tranquilidad ante los mercados cambiantes y las finanzas especulativas de la posguerra. Afirma Rosa: "los préstamos que hoy el continente le pide a Europa, se los devolverá con unos intereses considerables" (2009, p. 49).

arrobo y deslumbramiento ante la prodigalidad de la naturaleza neogranadina que se abría paso ante los ojos de estos viajeros ilustrados y patriotas republicanos que anhelaban poner a tono a la joven república frente a los avances científicos de sus contemporáneos⁶.

Se hace evidente en esta narración la vocación ilustrada y republicana de su narrador, quien a la par con el registro detallado de su viaje (dificultades de desplazamiento, paisajes variados y contrastantes en las alturas andinas, su valles y sabanas, los poblados y sus gentes con sus relajadas costumbres, entre tantos otros aspectos que llaman la atención del viajero y que quieren llamar la atención del lector) va realizando apreciaciones críticas sobre la desidia de los pobladores frente al trabajo agropecuario, la escasa participación de los líderes comunitarios (curas, alcaldes, entre otros), la falta de escuelas para niños y niñas y las dificultades de acceso por la falta de caminos y puentes, lo que es causa indiscutible del retraso tanto del proyecto ilustrado como del progreso material y económico de la joven Colombia, rica en recursos naturales, pero empobrecida en los anhelos desarrollistas: “¡Singular contraste de la esplendidez y abundancia de la tierra, y la escasez y la pobreza de los habitantes!” (Ancízar, 2022, p. 65):

Paisaje, industria, población, clima, todo es diferente, todo ha variado en el breve espacio de tres horas de marcha. Dos siglos más y la realidad de los hechos sobrepujará a cuanto la imaginación en sus fecundas combinaciones invente acerca de la opulencia que Dios tiene reservada a estas comarcas singulares, vasto recipiente de riquezas infinitas que se acumulan en silencio esperando a sus futuros señores. Tierra como esta no ha sido creada sin grandes designios, y los designios de la providencia no son inestables como los proyectos, ni efímeros como las generaciones del hombre. (Ancízar, 2022, p. 89)

Es así como, desde sus primeras páginas, el relato de Ancízar declara la función del viajero ilustrado como crítico de costumbres además de relacionador de las mismas; declara su adherencia a la modernización mediante el trabajo con los recursos territoriales para el comercio exterior; así los “grandes designios de Dios” equivalen a la participación de la joven Colombia en el mercado mundial por cuenta de las riquezas que la tierra y sus elementos albergan y que esperan a las manos laboriosas del ingenio moderno.

Al siglo del tabaco y la quina le seguiría el del caucho, la coca y el monocultivo⁷. Pintar, entonces, el exotismo tropicalista con sus gentes aptas para el trabajo en climas extremos

⁶ Si bien esta narración es representativa del trabajo de la Comisión, no es exhaustiva ya que Ancízar solo trabaja en la comisión durante sus primeros dos años; él es enviado como diplomático a Ecuador; mientras que la Comisión continúa su trabajo hasta el año 1859.

⁷ El libro de Efrén Giraldo *Sumario de plantas oficiosas. Un ensayo sobre la memoria de la flora* (2022) realiza una magnífica reflexión sobre el tipo de relaciones que hemos establecido a lo largo de la historia (en particular, en la historia de Colombia) con las plantas. En un recorrido que va desde las plantas literarias, los herbarios

combatiendo la pulsión a la pereza y al ocio, tentaría a los aventureros, inversores y emprendedores del bien justificado liberalismo económico, lo que nos lleva a la última estación de este viaje por los idearios extractivistas ligados a la imaginaria relación que el sujeto americano ha deseado establecer con la ‘Naturaleza’. La novela de José Eustasio Rivera, *La vorágine*, en su maestría narrativa legible en la segunda y tercera parte del viaje de su protagonista y sus amigos hacia las profundidades de la selva amazónica, le suma el tono lírico fatalista de las reflexiones filosóficas de Arturo Cova en sus encuentros extraordinarios. Sabido es que en estas dos partes el coprotagonista es Clemente Silva, hombre que aprendió, como pocos, a sobrevivir en la selva comprendiendo su lenguaje, sus mecanismos de defensa y de sobrevivencia, sus engaños y seducciones. El ‘rumbero’ Silva sabe mejor que nadie que a la selva no se le domina, no se le conoce del todo y no se le subestima; de ahí las analogías y parangones que realizan los narradores de la selva con la cárcel (“cárcel verde”), la condena y la irreversibilidad del paso de quienes ingresan allí ya sea por ambición extractivista, por impulso de venganza o por búsqueda salvífica y reivindicativa. La selva parece ser la justiciera radical, pues de manera equitativa detiene el paso del hombre sin importar cuán nobles sean sus anhelos o cuánta fuerza y conocimiento crea poseer.

No obstante, cabe recordar lo que el botánico Francis Hallé refiere respecto a que en los trópicos se hallan “las dos cimas de la biodiversidad: la selva ecuatorial y el arrecife de coral” (cf. 1999, p. 71), cuya abrumadora inmensidad parece engañar con una aparente fortaleza inquebrantable; cito a Hallé:

La selva ecuatorial, tantas veces descrita y sin embargo tan poco conocida y tan vilipendiada: se cree que invade todo, que es indestructible, capaz de engullir en pocos años las obras del hombre, cuando en realidad es tan terriblemente vulnerable. Se cree que es imposible cruzarla sin abrirse paso a golpe de machete, cuando por el contrario uno se pasea por ella tan plácidamente como en una catedral gótica, al menos mientras no ha sufrido los embates del hombre, su único enemigo. (2023, p. 71)

Entonces, lo que se comprende con los argumentos del biólogo francés es que la fragilidad de la selva le hace responder desde sus sentidos más sutiles, así como —nos recuerda Evando Nascimento

fantásticos, las artes plásticas, los hitos de exploración como la mencionada Expedición botánica y la Comisión corográfica y las ilustraciones de infancia hasta la crítica a la filiación entre la explotación vegetal y las violencias históricas y contemporáneas, Giraldo nos muestra que nuestra relación con lo vegetal ha de superar el estadio ornamental, utilitarista o específicamente extractivista, para modificar por fin nuestras formas de vida en las que el vínculo con lo viviente supere el antropocentrismo. Al respecto indica el ensayista colombiano: “Un libro ensayístico sobre plantas debe ahora aspirar a ser la tentativa de universalización de una vida y una convivencia práctica e imaginaria de ciertas plantas pensadas y narradas, codificadas y temidas, amadas y contempladas en las florestas de la imaginación o la especulación” (2022, p. 236).

(2023)— la sensitiva (*mimosa sensitiva* o *pudica*) reacciona frente a sus posibles depredadores mediante el cierre de su follaje y, en mayor escala, la selva en toda su macro y multi composición resiste al contacto violento. Recordemos, pues, que la selva no se halla constituida solo por habitantes vegetales; son todas las creaturas vivientes, las fuerzas de los elementos y las interacciones bióticas (entre plantas, animales, hongos y elementos) los que hacen de ella un espacio en el que el humano solo puede participar cooperativamente.

La ficción de Rivera es rica en símiles entre lo vegetal y la alteridad; recordemos que la curiara, a lo largo de la narración, es vista doblemente como embarcación y como ataúd. Ya fuera por su apariencia de objeto rígido que en su desplazamiento es mitad madera mitad hombre, ya fuera porque su uso acercaba a los protagonistas a su fin último, pues cada vez que se embarcaban se aproximaban a su enemigo, o ya fuera porque su origen verde —su materia prima— anhelara volver atávicamente a su patria vegetal, lo cierto es que la madera, el árbol, la frondosidad operan en la ficción como otredades que impiden a los protagonistas comprender y, por tanto, liberarse de lo que los oprime. El caucho finalmente es un árbol, el motivo del desplazamiento humano, de su angustia y de su rebeldía.

La curiara, como un ataúd flotante, siguió agua abajo a la hora en la que la tarde alarga las sombras. Desde el dorso de la corriente columbrábanse las márgenes paralelas de la sombría vegetación y de plagas hostiles. Aquel río, sin ondulaciones, sin espumas, era mudo, tétricamente mudo como el presagio, y daba la impresión de un camino oscuro, que se moviera hacia el vórtice de la nada. (2023, p. 194-195)

Después de todo, las voces narrativas de Rivera poseen una profunda certeza: “El vegetal es un ser sensible cuya psicología desconocemos” (2023, p. 297), dice uno de sus narradores; en palabras del pensador brasileño Evando Nascimento:

La comunicación vegetal es la prueba indudable de que las plantas no solo piensan sino también sienten, aunque no de la manera intencionada en que nosotros pensamos y actuamos o, mejor dicho, como “pensamos” que pensamos y actuamos. Ellas siempre van más allá de nuestro imaginario simbólico. (2023, p. 24)

Respecto de lo anterior, Efrén Giraldo se pregunta “si hay una manera estrictamente vegetal de comprender” (2022, p. 212). Por tanto, el vegetal, lo vegetal, no puede ser esclavizado, ya que el único capaz de suscribir a esta terrible institución es el hombre. Es por esto que, lo que parece indicarnos —un siglo después— el relato de Rivera, la voracidad aniquiladora no es de la selva sino del hombre, quien, al ir tras de un árbol, termina devorado por su propia e inescrutable ambición, pues su metonímica fiereza extractivista, le ha llevado al límite de cortar la vida toda, en busca del

producto. En este sentido, la falsa oposición entre lo humano y lo vegetal la instalan las fuerzas del extractivismo que le hacen creer que hay que ir en contra del árbol, hacerlo sangrar en su “sangre blanca de dioses” hasta que uno de los dos perezca.

Pero en su astucia narrativa, Rivera no permite que la ficción termine sin que su protagonista experimente lo vegetal como una vivencia de unificación radical que omite definitivamente cualquier oposición:

No acierto a describir lo que fui sintiendo en esos instantes: me parecía que estaba muerto y que estaba vivo. Evidentemente, solo la zona del corazón y gran parte del lado izquierdo daban señales de perfecta vitalidad; lo demás no era mío, ni la pierna, ni el brazo, ni la muñeca; era algo postizo, horrible, estorboso, a la par ausente y presente que me producía un fastidio único, como el que puede sentir el árbol, que ve pegada en su parte viva una rama seca. [...] Hablaba, hablaba, me oía la voz y era oído, pero me sentía sembrado en el suelo, y, por mi pierna hinchada, fofa, y deforme como las raíces de ciertas palmeras, ascendía una savia caliente, petrificante. Quise moverme y la tierra no me soltaba. (2023, pp. 373-374)

Devenir árbol, entonces, será la última revelación de la conciencia narrativa de la novela encarnada en la experiencia de Cova, en la que lo vegetal se ha impuesto como un régimen inevitable, hasta sentir los miembros como de caucho. La ficción vegetal imprime a la novela de Rivera la posibilidad de redención por vías de la asimilación con lo viviente y no como una radical oposición de lo humano con lo vegetal, en un encuentro no necesariamente armonioso, pero sí cargado de sentido hacia la convivencia con lo que no nos ha sido dado comprender todavía.

Cierro brevemente esta reflexión para rescatar varios aspectos que este recorrido ha suscitado y que podrían continuar debatiéndose. Me he concentrado hasta aquí en la fascinación tropicalista que posicionó a un país como Colombia en el centro del debate extractivista, dada la aparente infinitud de sus recursos naturales y la discursividad que sostiene el urgente aprovechamiento de estos, bajo la idea de que los habitantes de este territorio parecen desconocer su verdadera utilidad. Frente estas premisas el discurso literario y crítico cultural responde cuestionando el antropocentrismo que justifica la devastación de la vida en todas sus formas, aun cuando dicha justificación se sostenga en la promesa de desarrollo futuro, tan cara a las sociedades del Sur Global. Propongo continuar este debate, ahora evaluando el siglo XX que abrazó, mediante el mecanismo de la plantación, la explotación de los recursos hasta el agotamiento de los suelos y la homogenización de las economías que sostienen las diversas formas de la vida.

RECONOCIMIENTOS

Este artículo se redactó en el marco del proyecto ANID/FONDECYT/Regular N° 12311802, titulado “*Formas de la ficción. La plasticidad en el atardecer del mundo*”, cuya coinvestigadora es la autora de este artículo.

Una versión preliminar de esta reflexión fue presentada como conferencia en el *Encuentro Internacional Historias de la crítica latinoamericana*, bajo el título “*Latinoamericanismo de la descomposición: repaso de la noción y proyecciones de trabajo*”, organizado por los académicos Carlos Walker y Christian Anwandter.

REFERENCIAS

- Ancízar, M. (2022). *Peregrinación de Alpha*. Universidad Nacional de Colombia.
- Bello, A. (1979). *Obra literaria*. Ayacucho.
- Bolívar, S. (2004). Mi delirio sobre el Chimborazo. En E. Ayala Mora (Ed.), *Simón Bolívar* (3.ª ed., pp. 125-126). Universidad Andina Simón Bolívar.
- Cárdenas, J. (2023). *Peregrino transparente*. Periférica.
- Cañizares-Esguerra, J. & Macías, J. S. (2024). Las mañas de Humboldt o de cómo construir genios y olvidar archivos. *El Malpensante*, 259-260, 20-29. <https://elmalpensante.com/articulo/las-manas-de-humboldt>
- Cañizares-Esguerra, J. & M. Thurner. (2023). *The Invention of Humboldt: on the Geopolitics of Knowledge*. Routledge.
- de Caldas, F. J. (1997). Prefación. Humboldt von, A. *Ensayo sobre la geografía de las plantas* (pp. 37-38). Siglo XXI Editores.
- Estupiñán Serrano, M., Parra Triana, C. M. & R. Rodríguez Freire. (2019). Latinoamericanismo de la descomposición: una lectura de su crítica y de su crisis”. *Pléyade: Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, 24, 191-214. <https://doi.org/10.4067/S0719-36962019000200191>
- Foucault, M. (2013). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI Editores.
- Giraldo, E. (2022). *Sumario de plantas oficiosas. Un ensayo sobre la memoria de la flora*. Luna libros.
- González Camarena, J. (1965). *Presencia de América Latina* [Mural]. Casa del Arte, Universidad de Concepción, Concepción, Chile. <https://pinacoteca.udec.cl/mural/>
- Gudynas, E. (2019). *Extractivismos y corrupción. Anatomía de una íntima relación*. Ediciones desde abajo.
- Hallé, F. (1999). *Un mundo sin invierno. Los trópicos: naturaleza y sociedades*. Fondo de Cultura Económica.

- Martínez Pinzón, F. (2015). *Una cultura de invernadero: trópico y civilización en Colombia (1808-1928)*. Iberoamericana/Vervuert.
- Mendoza, D. (1909). *Expedición botánica de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada y Memorias inéditas de Francisco José de Caldas*. Librería general de Victoriano Suárez.
- Minguet, Ch. & Duviols, J. P. (2016). Introducción. En A. von Humboldt, *Ensayo sobre la geografía de las plantas* (pp. 17-36). Siglo XXI Editores.
- Montaldo, G. (2004). *Ficciones culturales y fábulas de identidad en América Latina*. Beatriz Viterbo Editora.
- Nascimento, E. (2023). *El pensamiento vegetal. La literatura y las plantas*. Mimesis ediciones.
- Nieto Olarte, M. (2019). *Remedios para el imperio. Historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo*. Uniandes.
- Parra Triana, C. M. (2016). Latinoamericanismo en tiempos de descomposición. *Cuadernos Americanos*, 158(4), 85-100. <http://www.cialc.unam.mx/cuadamer/textos/ca158-85.pdf>
- Parra Triana, C. M. (2023). Obcecada presencia: agotamiento y visualidad en el muralismo latinoamericano. *Revista Chilena de Literatura*, 107, 161-182. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22952023000100161>
- Parra Triana, C. M. & R. Rodríguez Freire (2018). *Crítica literaria y teoría cultural. Para una antología del siglo XX*. Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Pratt, M. L. (2010). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Fondo de Cultura Económica.
- Rivera, J. E. (2023). *La vorágine*. Cátedra/Letras hispánicas.
- Rosa, R. (2009). A seis grados de Andrés Bello: literatura y finanzas en los años 1820. En B. González Stephan & J. Poblete (Eds.), *Andrés Bello y los estudios latinoamericanos* (pp. 45-76). Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana/University of Pittsburgh.
- von Humboldt, A. (1997). *Ensayo sobre la geografía de las plantas*. Siglo XXI Editores.